

La disputa por el oro de Marmato “De acá no nos vamos”

Tercer informe

La idea de que su pueblo sea trasladado a otro lugar, a los habitantes de Marmato les parece de ficción, es incompresible. Al fin de cuentas en sus calles empedradas, en sus edificios y casas, en los ojos de sus vecinos, en su agreste paisaje de montaña, leen a diario su historia y reconocen su identidad, su pertenencia a ese lugar. Pero para la Medoro Resources, que lee el destino de este municipio desde Canadá, nada de eso tiene importancia, porque todo es cuestión de “money”, como públicamente lo reconoció un alto ejecutivo de esta multinacional.



Marmato es un municipio de 8 mil habitantes ubicado en el alto occidente de Caldas, en los límites con Antioquia. Para llegar allí hay que tomar primero la carretera troncal que bordea el río Cauca, que corre encañonado por esta región. Luego, para llegar al pueblo, hay que tomar un desvío por una estrecha vía pavimentada (en camión escalera o en mototaxi, los dos únicos medios de transporte público), en la que lo primero que asoma es una valla en la que se lee: “Bienvenidos a Marmato, el pesebre de oro”. Y aparecen también las primeras bocaminas de la empresa Mineros Nacionales. Unos 5 kilómetros adelante se llega a una pequeña población en la que se ven varios edificios en construcción, semejante a un barrio de ciudad.

“Éste es El Llano, una vereda de Marmato. Todavía nos falta por llegar al pueblo”, explica el conductor de la mototaxi. “Acá es donde esa multinacional quiere trasladarnos. Vea, lo están poniendo todo moderno. Están construyendo un colegio como para mil personas, y el hospital también”, agrega el hombre.

Al pasar El Llano la carretera deja de ser amable, se acaba el pavimento. El polvo que alborota un carro que cruza en dirección contraria se eleva hasta la copa de los árboles, entonces el mototaxista se cubre la nariz y la boca con un pañuelo rojo. “De acá para arriba empieza el olvido”, dice, porque, según él, lo que el gobierno y la Medoro quieren es ignorarlos. Por eso no le invierten a las calles ni le hacen mantenimiento al pueblo. “Nos quieren hacer ver como los feos, para poder sacarnos”, concluye.

“Llegamos, éste es Marmato”, dice cuando la moto, después de un tramo de pleno ascenso, llega a un despeñadero que atraviesa la falda de la montaña, un paraje con volquetas, carros de construcción, hombres sudorosos trabajando, un pequeño hilo de lo que fue agua y ahora es un líquido metálico, espeso, que baja por un lado de la colina.

A diferencia de otros pueblos, éste no tiene una plaza central de referencia (la que había la destruyó una avalancha), todas son calles estrechas y de trazo caprichoso. La iglesia es pequeña y está en medio de una calle en la que apenas caben algunos negocios de comida y billares. “Es que a este pueblo lo hace especial su geografía. En Latinoamérica sólo hay dos pueblos que son como éste: Constock, en México, y Potosí, en Bolivia”, dice Yamil Amar, líder del Comité Pro Defensa de Marmato.



Diálogo en *El Atrio*

El Atrio es una panadería cercana a la iglesia donde suelen reunirse los líderes de los diferentes movimientos que luchan para que su pueblo no se convierta en una gran mina a cielo abierto. En una de sus mesas, y alrededor de tasas de café, varios líderes están reunidos con dos representantes de la Social Capital Group (SCG), empresa que, según se presenta en su sitio Web (<http://www.s-c-g.net>), se dedica al manejo de las oportunidades y riesgos sociales asociados a grandes proyectos de desarrollo alrededor del mundo, con larga experiencia en sectores del petróleo, gas, minería y puertos. Es decir, esta empresa se dedica a realizar estudios previos sobre las poblaciones donde grandes multinacionales, como la Medoro, pretenden montar megaproyectos.

Los dos representantes de la SCG (una trabajadora social bogotana y un sociólogo peruano) tratan de mantener una actitud cordial frente a los líderes mineros. Por más que éstos

vociferen e insistan en que la Medoro lo que quiere es llevarse todo el oro y acabar con el pueblo, ambos profesionales no se inmutan, no contradicen ningún reclamo, su mejor estrategia es la amabilidad.

“Nosotros lo que estamos haciendo es escuchar al pueblo, recoger las inquietudes de la comunidad y sus impresiones, porque sabemos que tienen sus necesidades. No podemos ser juez y parte, no seríamos imparciales”, dice la trabajadora social. “Nosotros queremos cumplir todo el proceso de reasentamiento de pueblo, si éste se hace. Vamos de casa en casa, e independientemente de saber quién es quién. Somos consultores con ética”, completa el sociólogo.

En este punto uno de los líderes interrumpe: “Ustedes dicen que son imparciales, que sólo recogen lo que piensa el pueblo. Pues bien, ya han escuchado lo que pensamos, y saben que aquí la gente no está de acuerdo con el traslado, que los pequeños mineros nos sentimos atropellados por la multinacional”.

Los ánimos se agitan, otros líderes intervienen para enumerar las presiones que les hace la multinacional. La mujer de la SCG trata de calmarlos con estas palabras:

“Nosotros no estamos ni a favor ni en contra de nadie. Escuchamos lo que dice el pueblo porque nos parece importante, somos independientes de Medoro. Recogemos una información, es todo”.

“¿Y a ustedes quién le paga?”, la increpa el líder.

La mujer duda antes de responder.

“La Medoro”, dice al fin.

Con los crespos hechos

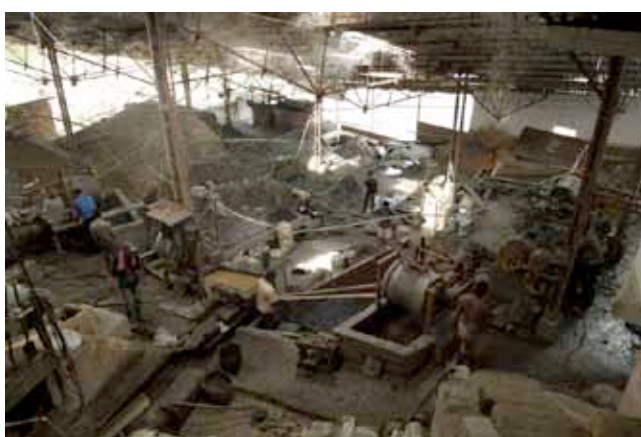
De la visita del personal de SCG tuvo por objeto la realización de un estudio socioeconómico de Marmato, que incluyó todas las veredas y corregimientos. En su primera fase visitaron 1.700 hogares, de los cuales 61 rechazaron la visita, ni los dejaron entrar. Sus preguntas fueron múltiples, desde cuántas personas conforman el hogar hasta el material del que están hechas las casas y su distribución interna: si es de tapia, si el piso es de baldosa, número de habitaciones, si tienen baño, etc. “Lo que sigue ahora es la segunda etapa: la línea social y económica, para ver la manera de mejorar la calidad de vida de los marmateños, lo que incluye proyectos productivos para la comunidad”, explica la trabajadora social.



Pero por más que intente ser amable, tanto la SCG como la Medoro Resources no son bien vistas por los marmateños, o al menos no como quisieran. Esto porque todavía está fresco

en sus oídos el impacto que les produjo las palabras de Juan Carlos Santos, primo del presidente Juan Manuel Santos y Manager Corporativo de la Compañía Medoro, quien en una entrevista para la cadena internacional de noticias Al-Jazeera dijo textualmente: “Podemos compensarlos con nuestro... básicamente con nuestra chequera. No quiero sonar prepotente o arrogante, pero quiero decir que es una cuestión de dinero; también de historia y otras cosas, pero básicamente de dinero”.

Por más que el señor Santos ha tratado de decir que no fue eso lo que le quiso decir a los reporteros de Al-Jazeera, en Marmato nadie ha entendido lo contrario. Como tampoco nadie cree en los planes de desarrollo que, supuestamente, la Medoro tiene para la región, sobre todo después de lo que pasó con la llamada Corporación para el Desarrollo Sostenible de Marmato.



Resulta que recién llegada a la zona, la Medoro se comprometió a invertir capital para adelantar proyectos productivos de beneficio a la comunidad, canalizados a través de la mencionada Corporación, al frente de la cual nombró a Eulises Lemus, persona apreciada por la población. Arrancó con un capital semilla de 15 mil dólares, más aportes mensuales de 5 mil dólares durante el tiempo de permanencia de la compañía en la región. No sólo su

inauguración fue pomposa, con muchos invitados de la ciudad de Manizales, sino que en su página Web la Medoro colocó bien visible el logo de la Corporación, como una muestra del esfuerzo que estaba haciendo para mejorar la calidad de vida de los habitantes de Marmato.

Sin embargo, Eulises Lemus afirma que la tal Corporación no pasó de ser un caramelo más. Durante ocho meses recibieron 126 millones de pesos, pero cuando fueron a la Cámara de Comercio a registrar la corporación, les comunicaron que ésta era una entidad autónoma y por tanto la Medoro no podía ejercer ningún control sobre ella. “Eso a la multinacional no le gustó, y desde entonces no nos volvieron a dar plata. Nos dejaron con los crespos hechos”, dice Lemus. La compañía, por su parte, aún no ha respondido a sus reclamos. Lo único que hizo fue eliminar el logo de la corporación de su página Web.

Los escombros que dejó el derrumbe

Ante toda esta suma de circunstancias, los líderes de la protesta marmateña han buscado hablar directamente con los directivos de la Medoro. Pero ha sido en vano.

“Estamos cansados de que en la televisión sólo aparezcan hablando los dirigentes de la empresa Medoro, mientras a nosotros nadie nos pregunta nada. Nos ignoran. Pero sobre todo, estamos cansados de que hagan pasar a Marmato como un pueblo de gente pobre, que está a punto de acabarse, un pueblo fantasma. Y ésta no es la verdad, porque el abandono es culpa del gobierno”, concluye Yamil Amar, del Comité Prodefensa de Marmato.

Se refiere concretamente al estado en que quedó la zona céntrica del casco urbano luego de la avalancha que ocurrió el 4 de mayo de 2006, cuando, por causa del fuerte invierno que hubo aquel año, se rompió una fuente de agua en la parte alta de la montaña, lo que provocó que varios arrumes de material de desecho de las minas se precipitara falta abajo.

“Fue como una bomba de puros escombros, que bajó bordeando las casas y llegó hasta la plaza. Por fortuna no hubo muertos ni heridos, pero sí quedaron muy afectados varios establecimientos comerciales y la propia alcaldía, que tuvo que ser trasladada a otra edificación, mientras otras oficinas de la administración y el hospital, lo mismo que las casas de varias familias, fueron trasladados al corregimiento El Llano”, explica Yamil Amar, quien culpa de ello a la ausencia de una autoridad minera y ambiental que lo evitara.



“Fue la propia comunidad, sin la ayuda de nadie, ni siquiera del alcalde, la que recogió todos esos escombros. Hicimos convites, nos reuníamos los fines de semana y días de fiesta para limpiar el pueblo. Un problema adicional fue que algunas familias que viven en la plaza no querían que las trasladaran, mientras que algunos mineros que no tenían casa invadieron el hospital, aprovechando que estaba desocupado. Cuando los fueron a sacar nosotros nos solidarizamos con ellos y no los dejamos sacar. Por ese problema fue que nació el Comité Prodefensa de Marmato”, relata Yamil Amar, para quien es claro que a ese derrumbe la Meodoro le quiso sacar provecho, pues lo presentó como una razón adicional para trasladar el pueblo a El Llano. “Sin ninguna justificación, porque los edificios afectados en la plaza fueron muy pocos”, agrega.

Por el medio de la desolada plaza y los edificios abandonados de vez en cuando cruza algún minero que ha terminado su jornada. También se ve un hombre que con su recua de mulas se detiene a descansar frente al edificio que ocupó la alcaldía. Se dirige a lo alto de la loma, donde cargará sus bestias con costales llenos de material de mina para llevar a los molinos, cuyo ruido constante se alcanza a escuchar de todas partes; un ruido monotonico y metálico que los marmateños llevan toda la vida escuchando, desde hace más de 150 años para ser más exactos.

